

II. MAR

narrativa punto aparte

Al principio no me decidía. Tenía miedo. Soy manco y todo me cuesta. Más aun ir a buscar a una persona por lugares que no conozco. Lo pensé una y mil veces, y me enojaba conmigo porque me encontraba cobarde, maricón. Ni siquiera sabía dónde empezar a buscar. Tráeme un vaso de agua, por favor, Condori, que ya me dio sed. Ni siquiera sé si hice lo correcto al ir a buscar a mi hermana. Quedé hecho mierda. Mírame, ni pararme puedo. Quiero que me entiendas: imagínate sentir miedo por el solo hecho de ir a buscarla y saber qué le había pasado a mi hermana. Uno se siente una mierda, porque en verdad tendrías que sentirte valeroso, con ganas de matar a todo los imbéciles que se interpusieran entre tú y tu sangre. ¿Te das cuenta? Es doloroso. Sabiendo además que han pasado tantos años y que lo más probable es que no encuentres a esa persona de la que tienes recuerdos tan hermosos. No, no te imaginas porque no tienes hermana o hermano. Me demoré meses en decidirme. Me paseaba por la pieza como malo de la cabeza. A ratos me daba pánico pensar que, siendo manco, sería imposible empezar una búsqueda. Y me ponía a llorar. Fueron meses bien angustiantes. Gracias por el agua, está heladita. En algún momento no salía de la pieza porque pensaba que, si lo hacía, tomaría el bus al pueblo y empezaría al fin con las investigaciones. Entonces no salía y me quedaba dando vueltas en círculos por la pieza,

escuchando una radio de esas que llaman del recuerdo. Miraba por la ventana de la habitación, a la que le decía mazmorra, y observaba la cordillera pensando en qué lugar estará mi hermana, dónde chucha estará. ¿La habrán matado en esa isla? ¿Se habrá escapado para desaparecer? No sé. Supe de personas que escaparon de Podestá, pero todos salían locos, mutilados. Alguna vez me buscó un tipo al que le decían “Pájaro” Artaya y me dejó nocaut. Me contó cosas horripilantes. Dijo que mi hermana se había enamorado de un capitán, pero después no supo qué pasó con ella. El tal “Pájaro” murió, lo estaban siguiendo, me dijo, eso me contó, que lo seguían. Yo pensé que estaba loco, y de hecho lo estaba, pero ahora sé que muchas cosas de las que contó eran ciertas, o eso quiero creer. Muchas cosas, qué sé yo, que la Isla Podestá había sido un campo de tortura terrible, el más terrible del país, y prácticamente todos los que llegaron allí fueron masacrados, no torturados, masacrados, y asesinados de la peor forma posible. Algunos pocos escaparon, pero desaparecieron, se convirtieron en espectros que deambulaban o aún deambulan por la ciudad. Espejismos, eso me dijo, esa palabra usó, porque no eran ya humanos, no tenían nombres, ni edad, ni familia ni amigos. Eran fantasmas por las calles. Y quizás eso le había pasado a mi hermana, se convirtió en un fantasma, en un espectro que ya nadie reconocía. Todas esas cosas yo pensaba en esos momentos. Estaba volviéndome loco, creía. Y quizás me volví uno. No querer salir a la calle por miedo a empezar a buscar, ¡mira la locura! No salir por miedo a viajar, cuando siempre es al contrario: uno no sale por miedo a quedarse paralizado, a que te hagan algo; en cambio yo no salía por miedo a soltar amarras, a dejarme ir, a buscar la isla. Ni te imaginas lo mal que estaba, Condori. Esto era más que una crisis de

pánico. Era como un ratón enjaulado, desesperado, soñaba cosas terribles, no sé cómo chucha no me maté. Espero no volver a sentir algo semejante. Felizmente ahora estoy en tu departamento y te agradezco. Además estoy hecho mierda, solo no podría levantarme ni a buscar un vaso con agua. Gracias. Me ataca una sensación terrible cuando regreso a esos pensamientos. Es como estar solo en una isla abandonada. Mira la metáfora mala. Sí, otro trago de agua, por favor... Estando ya a punto de reventar, empezó a bajarme una calma, una especie de cansancio, y entonces puse manos a la obra. Empecé a buscar información sobre Isla Podestá. Me volví un ratón de biblioteca. Tenía información muy dispersa en mi cabeza. Fragmentos unidos, más que por la razón, por una sensación confusa, como de orfandad. A los veinte años, en la universidad, empecé poco a poco a elaborar la idea de buscarla. Porque lo que no te he contado es que siempre estuvo en mi familia la idea de que ella no murió, de que no había sido fusilada. Pero no era como esas ideas peregrinas de muchas familias que tienen a alguien desaparecido, no, en este caso, muchas veces escuché decir a mi madre que su hija se había escapado con alguien. Entonces ahí fui craneando la misión de buscarla. La información de la fuga eran puros supuestos, cosas que escuchaba por aquí, por allá, solo pedazos de historia. Entonces comencé a indagar en serio sobre Isla Podestá. Exacto, todo sobre esa isla es muy raro. Primero, que la descubrió un marino de apellido Pinocchio, como Pinocho, un mentiroso por excelencia. Luego está el nombre del barco en que viajaba este marino, "Baronne Podestá", y de ahí el nombre de la isla. La marina italiana y luego la inglesa la incluyeron en sus cartas náuticas, pero en Chile fue siempre un mito. El buque escuela Esmeralda trató de encontrar la isla por los años '50, pero no pasó

nada. Se llegó a la conclusión de que era una suerte de terreno que emergía de repente. Una emergencia marítima, esa es la designación técnica. Es decir, un terreno en altamar que aparece y desaparece según la altura de las aguas, qué sé yo. En definitiva, una isla fantasma. La isla está ubicada frente a Valparaíso, supuestamente. Incluso Lukas la dibujó frente al puerto en sus "Apuntes porteños". Y alguna gente la encuentra en Google Earth. Es más, alguna vez salió en las noticias que unas mujeres le dijeron a un almirante que sus esposos pescadores, que se habían perdido hacía unos días, estaban ahí. Todo en una conferencia de prensa. En la misma conferencia el almirante dijo que la isla era un mito, pero entre pescadores y marinos mercantes es una leyenda, y como toda leyenda se basa en la realidad. Incluso llegué a leer algunas páginas medio fascistas que ya no están en la red, donde decían que Isla Podestá era un lugar para experimentos militares y que los milicos la cuidaban mucho, aparentemente por temas de soberanía en la Antártica. Decían que supuestamente alguna vez Ecuador reclamó soberanía sobre una parte de la Antártica y que Chile protestó argumentando que la isla impediría tal soberanía. Creo que en Ecuador están los documentos sobre el caso. Pero cuando me decidí a buscar a mi hermana, no pensaba ir a Ecuador. Mal que mal, la isla está en Chile y no tenía que ir a otro país para encontrarla. La angustia se me fue pasando y lentamente me puse manos a la obra. Primero recopilé información sobre mi hermana, todo aquello que pudiese ayudarme a conectar los cabos sueltos, o desechos. Conseguí plata con mi vieja y saqué mis ahorros del banco. Partí a Iquique, porque allá vivíamos cuando a mi hermana la tomaron presa. Y allá la cosa se puso color de hormiga. De verdad. Espera, Condori, me siento un poco mal. Me afirmaré aquí.

Perdón, estoy mareado. No, no... quiero seguir. Dame un momento. Ya me siento un poco mejor, voy a continuar. Sí, estoy seguro. En Iquique me contacté con varios dirigentes vinculados a movimientos de oposición a la dictadura. Eso fue fatal. En vez de seguir un plan determinado, iba de un lado a otro según me decían hombres y mujeres que creían tener la verdad no solo sobre mi hermana, sino acerca de lo sucedido en Chile. No te voy a dar la larga lista de sujetos con los que hablé, pero lo cierto es que, para la gran mayoría, ella había sido un personaje contradictorio. Había sido novia de un destacado dirigente de izquierda fusilado en los primeros días del régimen pero, ya en la cárcel, parece que tenía habilidad para eludir las sesiones de interrogatorios y torturas. Estuvo en Pisagua y después la llevaron a Isla Podestá. Luego, los hechos se ponen más turbios. Un grupo más estrecho de testigos me relató que ella tuvo un romance con un capitán, que la veían pasear con él por la playa de la isla. Los presos de lugar no estaban precisamente contentos con lo que ocurría. Incluso los dirigentes de su organización primero la amonestaron, luego le ignoraron y finalmente la expulsaron del movimiento. ¿Me traes un tramadol, por favor? Gracias. Así que me fui a Pisagua. Una mierda de pueblo, un pueblo fantasma. Viven tres, cuatro familias, hay un par de locales para almorzar y sería. Gracias, es que los dolores de cabeza me matan. Estuve todo el día recorriendo el pueblo. Una miseria, mejor ni hablar de él. Fui donde estuvo la cárcel, fui al teatro, pero en realidad no me sirvió más que para alimentar las ganas de encontrar a mi hermana. El viaje a Pisagua fue también horrible. Contraté a un operador turístico que era un demente al volante. Y el camino a Pisagua es súper malo, ya veía que nos matábamos. El tipo me explicaba cosas de

la zona, pero yo solo imaginaba cómo debió haber sido ese viaje para los presos, con la certeza en su pecho de que los iban a matar. En ese momento lo pensaba y los pelos se me paraban. Los pelos de mi brazo izquierdo, si se me permite la especificación. Como te dije, el pueblo es abrumadoramente desolador. Al tipo le dije que me indicara dónde estuvieron la cárcel y el teatro, pero que prefería estar solo. Me dio las señales y vagué por todo el lugar. Me quedé mirando mucho rato el mar desde un lugar donde solo se observan paredes de viejas construcciones, y arriba de ellas se posan los jotes. No sé cuánto tiempo viven los jotes, pero si es un tiempo largo, esos mismos deben haberse dado un festín con los restos de cuerpos que los milicos arrojaban al mar, o con aquellos que tuvieron la mala suerte de estar mal enterrados. Más tarde le pedí al sujeto que fuéramos a Pisagua viejo, quería conocer el cementerio antiguo. Miré los epitafios y las cruces de madera podrida. En un momento encontré una tumba donde aparecía la historia del fallecido. Era, si no me falla la memoria, la historia de un niño de dos o tres años que salió a buscar a su mamá al pueblo y mientras la buscaba se alejó tanto que llegó a un lugar despoblado, en pleno desierto, y ahí se empampó. Pisagua me dejó una sensación de lejanía. El viaje de vuelta fue para el olvido y cuando regresé a Iquique arrendé una pieza en una pensión. No me vas a creer, pero el dueño era manco, como yo, solo que del otro brazo, del izquierdo. Las cosas se pusieron más extrañas al otro día. Salí al centro y recorrí el casco viejo de Iquique. ¿Y sabes qué? Me encontré casi en cada esquina con las personas, hombres y mujeres, que había entrevistado la semana antes de subir a Pisagua. No podía ser coincidencia. Al otro día, lo mismo. Para hacerla corta: estuve tres días más en Iquique y en los tres me

pasó lo mismo. ¿Qué otra cosa podían estar haciendo sino era vigilándome? Si son todos jubilados mantenidos por el Estado y lo único que hacen son reuniones para recordar lo mal que lo pasaron en los campos de concentración. El último día fui a conversar con un sujeto que me llamó a la pensión. Ni idea de cómo se consiguió el número. Me dijo que él estuvo en Isla Podestá. A estas alturas Isla Podestá ya me parecía una alucinación. El tipo me dio la dirección de su casa, en un barrio cerca de la playa El Morro. Antes de ir a su casa me bañé en la playa, que es súper rocosa. Estuve cerca de dos horas bañándome y cuando salí el pie izquierdo me sangraba mucho. Me había enterrado un vidrio. Traté de sacarme el vidrio enterrado, que no era chico, pero no pude y tampoco fui a la posta, porque en media hora debía conversar con la persona que me había contactado y que se llamaba Egedio o Egidio o Edigio, algo así. Me vestí en la playa y partí cojeando, mientras la señora y su hijo me indicaban qué micro o colectivo debía tomar para ir a la posta. Cuando llegué a la casa del hombre, me di cuenta de inmediato de que el tipo estaba loco. Dudé en entrar. Al final lo hice. Entré a un despacho lleno de diplomas, fotos y cuadros, donde tuve que escuchar una perorata sobre lo heroica que había sido su generación y cómo los milicos habían destruido la vida de los camaradas. Luego me contó que a mi hermana la habían llevado a Isla Podestá como sapa, como delatora, porque solo los más importantes dirigentes eran llevados a esa isla y mi hermana no era una gran dirigente. Me dijo que ella tuvo el descaro de tener un romance con el capitán Larrea, es decir, no tenía vergüenza de ser una puta delatora. Ahí el tal Egedio o Edigio se puso de pie y se acercó amenazante, diciéndome que dejara de preguntar sobre mi hermana, que no había nada que averiguar, que era una sapa y que

por lo tanto había tenido el destino que les espera a los que sapean. Yo me levanté de la silla, cojeando, y el tipo me lanzó de un empujón de vuelta a la silla. Como pude me volví a parar y lo empujé de vuelta y el viejo, que ya estaba medio enclenque, se cayó y empezó a gritar que lo querían matar, y apareció una mujer con delantal y un chuchillo, ¡un cuchillo!, y entré en pánico y como pude pasé entre la puerta y la señora, que no alcanzó o no quiso tajearme, y menos mal que el Egedio o Egidio había dejado la puerta sin llave, entonces salí cojeando y partí a la pensión, mientras de atrás la señora gritaba que les habían robado. ¿Me traes el calmante que me dio el médico? Ese que está en el living. El de la mesa es para el riñón, ese lo tomo en la noche. Gracias. Gracias, de verdad. Llegué a la pensión y me tiré a la cama. Estaba espantado y el pie me dolía mucho. Me tomé un ibuprofeno y dormí, pero en la madrugada desperté con fiebre y el pie hinchado. Bajé con mucho esfuerzo a la recepción y pregunté cómo llegar al hospital. El manco no estaba atendiendo y en su lugar había un travesti. Me demoré unos segundos en cachar que el lugar donde estaba la pieza que arrendaba era un sitio de parejas, o de tipos que buscaban prostitutas. Le pregunté por un consultorio, mostrando mi pie. La recepcionista lo miró casi con horror, me dijo que mejor fuera al hospital y pidió un radiotaxi. Llegué al hospital rápidamente, porque está cerca del centro, y fui a Urgencias. No, no quiero seguir mañana, estoy bien, pero me duelen los riñones. Sí, mejor tráelo. Trato de evitarlo, porque me caga el hígado. De repente me dan ganas de ponerme la corbata, en serio, pero soy muy cobarde para matarme, Condori. Ya, tráeme la pastillita. Gracias. Como era obvio, tuve que esperar como tres horas en Urgencias. El dolor era cada vez más fuerte y yo estaba casi llorando, rodeado por la fauna típica

de los hospitales en la madrugada. La fiebre me estaba haciendo alucinar. Además, estaba fatigado porque había comido muy poco desde que había llegado a Iquique. Al final me llamaron. En el box me dieron una pastilla y me dijeron que esperara, que el doctor tenía que terminar de atender a otra persona. Así que esperé, ¿qué más iba a hacer? Esperé otra hora. Llegó el médico, me vio el pie, dijo que estaba feo y preguntó qué cosa me había enterrado. Me limpió la zona y sacó el vidrio. No era chico, pero ya había salido y eso me alivió la pierna altiro. Me puso una inyección y me hizo tomar otra pastilla. ¿Y sabes qué me dijo? Que fuera a mi médico, como si yo tuviera uno, que le contara lo que me pasó, que mostrara el papel que en ese momento me estaba dando y me diera una receta, porque había que ser precavido. Estaba escrito que yo no iría a ningún médico. De todos modos, aún me cuesta caminar. Condori, ayer llamó mi vieja, dice que me vaya a la casa con ellos, que ellos me cuidarán mejor que tú. Le dije que no, que estaba bien acá. No me siento muy bien, pero quiero avanzar en la historia. No, gracias, ya me tomé el medicamento, y beber agua me hace ir al baño y los riñones me duelen. Salí del hospital y partí cojeando, pero con el dolor ya más suave. Me fui a la residencial en colectivo y cuando llegué había un espectáculo de aquellos, con cabrones, prostitutas y clientes insultándose y gritando por todos lados. Entré, subí a mi pieza y me dormí. Desperté muerto de hambre a las tres de la tarde, así es que salí a comer, obvio. ¿Sabes qué pasa? Yo viví hasta los seis años en Iquique y no había vuelto, pero de alguna forma era como si conociese la ciudad. Es verdad que ha cambiado mucho, pero apenas salí del hostel busqué el mercado y llegué como si todos los días hubiera estado yendo a comer. El pie no me dolía, así que tenía buen ánimo. En el mercado

pedí albacora con arroz, ensalada chilena y un vino blanco de medio. Disfruté mucho la comida, miraba a la gente, los garzones, los locales. Fue un almuerzo como no tenía hace mucho tiempo. La gente me miraba raro por ser manco, pero ya estoy acostumbrado. No pueden creer que uno tome una copa con facilidad y use el tenedor y el cuchillo de forma normal. Da un poco de risa. ¡*Conchetumadre*, me duele la guata! Déjame, déjame, el dolor se pasa solo. Tengo los riñones y la pata mala. Tomo remedios para las dos cosas, otro más me mata. Duele pero ya está pasando. Tráeme un viadil, por fa, en el mueble del living tiene que haber. Estoy hecho una mierda. ¿Hay viadil? Gracias. Con esto me siento la raja, pero sé que en cualquier momento el dolor volverá. Luego del mercado quise recorrer Iquique. Yo viví ahí un par de años antes de que nos fuéramos a Santiago, una vez que a mi hermana la tomaron presa. Hacía calor, pero di vueltas como tonto por el centro, ¡y no había nadie!, No me acordaba que los iquiqueños duermen siesta, se echan a la cama después de almuerzo y la ciudad se vacía. Quienes quedan en las calles están como perdidos, se pasean con una cara extraña bajo la resolana que los pone tontos. Yo andaba igual. En la Plaza Prat me senté en una banca para capear el solazo y me fui percatando de cómo la ciudad se iba llenando poco a poco, paulatinamente, como en una animación. Y todo empezó a suceder un poco más rápido cada vez, como si alguien hubiera apretado un motor para acelerar su diorama con figuras. De repente, sentí que todo era verdaderamente una alucinación y me asusté. Como cuando aún siento mi brazo y me sobresalto, esté donde esté. Me ha pasado viendo tele en cama, sentado en un viaje en avión o en bus, en reuniones o simplemente mirando algo en una vitrina. Y me sobresalto igual como me sobresalté en

aquella ocasión. En todo caso, esto les pasa a todos los mancos. ¿Te gustan las flores del departamento? Bueno, eso, creí que ya te había contado cuando perdí el brazo. Ha pasado mucho tiempo y los detalles se me han olvidado un poco. Estaba con mi hermana en la playa. Mirábamos el mar, conversábamos sobre los papás, contábamos chistes. Mi hermana a veces llevaba a sus pololos, conversaban de política y a mí me miraban de reojo y se hacían callar entre ellos. También me dejaban sentado y se iban a caminar y desaparecían, y luego llegaban todos despeinados, y yo les hacía bromas, les decía qué fuerte está el viento, ¿los chasconeó una gaviota?, y ellos se reían, un poco avergonzados. Yo tenía diez años, nueve, qué sé yo, y ella veinte. Los pololos eran todos chascones con pantalones patas de elefante, me hacían carreras y se dejaban ganar y a mí me daba mucha rabia. En ese tiempo no me daba cuenta, pero fumaban marihuana y me decían que eran cigarros. Del día en que perdí el brazo no tengo detalles específicos en la memoria. Debemos haber estado en esa misma playa, mirando el mar; el paisaje que ahora está lleno de edificios en ese tiempo era limpio, grande, pura arena, rocas y un par de baños públicos. En un momento me alejé, mi hermana no sé si fue conmigo o se quedó sentada o bañándose, y me acerqué a unas máquinas que estaban más allá haciendo unas excavaciones. Solo recuerdo que me acerqué más y más, que uno de los trabajadores gritó e hizo un gesto, y después había sangre, mucha sangre, nada de dolor. No sé si estaba desmayado o veía todo como de lejos, pero eso fue todo, fue cosa de unos segundos. Lo siguiente era estar en el hospital sin el brazo. Lloré desconsoladamente, de eso sí me acuerdo, como si ya no hubiera futuro para mí. Luego ya me acostumbré. Lo que sí sucedió es que dejé de escribir. Me

gustaba escribir historias cortas, y ya no más. Como era diestro, me costó mucho escribir con el brazo izquierdo, aprendí pero solo para las tareas del colegio y ya no escribí más historias. Mi hermana era muy apegada a mí. Me llevaba a comer helados a los viejos locales de Iquique, lugares inmensos donde atendían los dueños que eran italianos o de alguna parte de Europa y aún hablaban con acento. También íbamos a tomar once con los papás a salones de té que ya no existen. Me estoy poniendo imbécil con los remedios para el hígado, me están cagando la guata y me ponen nostálgico. Recorriamos la ciudad, comíamos, salíamos con sus amigos o ella me acompañaba a mí y mis amigos a jugar. Pero ese era solo un lado de ella, también la vi dar discursos potentes, muy encendidos. Era una apasionada por la política. Se paraba en las reuniones, hacía callar a los demás y se mandaba tremendos discursos. Yo escuchaba de afuera, no me dejaban entrar a las reuniones. Luego, cuando nos íbamos de la sede del partido, me decía “¿cómo te quedó el ojo con el discurso? Si yo sé que los escuchas”, y se reía y me hacía cariño en el pelo y me llevaba a comer un hot-dog. Conocí gente que la trató en esa época y contaban que muchos estaban enamorados de ella, que tenía fama de apasionada. Y claro, si arriba de una testera era apasionada, imagínate en la cama. Sé que es mi hermana, pero es una consideración que no puedo dejar de hacer, es obvio, ¿no? Sí, mi vieja insiste en que me vaya a la casa con ellos, pero yo prefiero quedarme contigo y contarte todo lo que me pasó, necesito hacerlo y con ellos no tengo confianza, prefiero tu departamento, que es más amigable y céntrico, puedo salir a caminar de repente, aunque ya no me dan tantas ganas. Ellos viven lejos y en un lugar donde hay puros abuelos y tipos que les pasean los perros, ni un kiosco para comprarse una bebida. Estuve

muchas horas sentado en la banca... Dormí una siesta y cuando desperté me dolía de nuevo el pie, así es que caminé para ver si la sangre circulaba y el dolor se pasaba. Cuando llegué al mostrador estaba una mujer que parecía no estar ahí, como si fuera un espectro. Al entrar al vestíbulo me dijo que tenía un mensaje para mí. Me pasó una hoja de cuaderno doblada y volvió a sumirse en esa actitud tan extraña, tan distante. Le pregunté quién lo había dejado, pero me respondió con un gesto vago. Subí a mi pieza, el dolor del pie había disminuido. Leí el mensaje. Era del mismo viejo que había querido pegarme. Me pedía disculpas y quería encontrarse conmigo en un local, al otro día, a las siete de la tarde. En ese momento el pie volvió a dolerme y salí a comprar una caja de ibuprofeno. Regresé a la pensión y en el mostrador no había nadie, solo un cigarro prendido. No sé por qué te cuento esto, no es importante, pero para mí eran como señales de algo. Al otro día me dediqué a dar vueltas por Iquique, de nuevo. Tomé unas cervezas en locales rancieros, donde todos me miraban como si nunca hubiesen visto un manco. ¡Cómo no va a haber mancos en Iquique! A las siete yo ya estaba un poco ebrio y camino al lugar del encuentro. Resultó ser un sucucho muy chico, donde el único cliente era el viejo. Detrás del mostrador divisé una pareja de ancianos. Me pidió que me sentara y ofreció disculpas. Pidió una cerveza de litro para los dos, que yo acepté. Habló largo rato de lo mucho que estaba afectado por lo sufrido en dictadura y dijo que por eso había tenido comportamientos como el que yo le había visto. Para mis adentros pensaba en qué momento ese viejo de mierda dejaría de hablar con tanta calma y se me tiraría encima de nuevo. Después de una hora, me dijo que mi hermana sí había sido una delatora, pero que en realidad mucha gente lo había sido, puesto

que no soportaban las torturas o habían amenazado a sus familias de muerte. Se convirtieron por necesidad, dijo. Después me pidió disculpas por cómo había tratado a mi hermana. No respondí. Y entonces dijo que en Arica había gente que sabía dónde estaba Isla Podestá. Comenté que la isla supuestamente estaba frente a Valparaíso. Ahí se dio unas vueltas y al final fue enfático: “Nadie sabe a ciencia cierta dónde está la isla”. Le conté que, poco antes de empezar a buscar a mi hermana, un tal “Pájaro” Artaya me ubicó y me relató que él había escapado de Podestá y que mi hermana se había enamorado del capitán Larrea y que la isla sí estaba al frente de Valparaíso. El viejo dijo entonces que Artaya era un alcohólico y drogadicto, que nunca había estado en la isla y que lo que él contaba como sucedido en Podestá, en realidad pasó en Pisagua. A estas alturas, yo tampoco tengo claras las cosas. Y en ese momento, ya estaba empezando a confundirme. Se fue diciéndome que me fuera para Arica, que indagara un poco, que allá me iban a buscar y decir cosas. Pagó la cuenta y no volví a verlo. Lo cierto es que el tal Egidio o Egedio coincidía con el Artaya en relación a que mi hermana se había enamorado de un milico. Al parecer, era un dato de la causa. Antes de irme, comí unos sándwiches en la pensión y luego y partí a la estación de buses. Fue un viaje extraño. A pesar de la oscuridad pude ver los cerros del desierto y esas misteriosas luces que aparecen detrás. Puede ser que haya visto algún tipo de perro salvaje corriendo por el tierral, tratando de alcanzar el bus. En un momento la noche cerró por completo y solo me quedó imaginar el paisaje. Inventé zorros y hombres que deambulaban perdidos, ensoñaciones de alguien que no puede ver la realidad en el desierto. Ya, dame el remedio no más... ¡Qué mal hace para el riñón! Llegué tarde a Arica. Bajé al termi-

nal y me quedé ahí, esperando que alguien me contactara, mirando caras por si encontraba algo sospechoso. Estuve varias horas en el lugar, tomé café, comí un par de sándwiches, leí el diario. Después salí a la calle y pedí a un taxista que me llevara al centro. Me dejó en calle Maipú, cerca de un hotel bastante malo. “La isla” se llamaba. Cosas de la vida. Entré y pedí una pieza. Vi televisión hasta las diez de la mañana y dormí hasta las dos de la tarde. Cuando desperté, salí a almorzar y me atraganté con pollo frito y arroz chaufa. En el restorán volví a revisar información sobre Isla Podestá en internet. Pensaba que alguien me estaba agarrando para el *hueveo*, pero no quería dejar pista sin revisar. En el fondo, comprendí que me estaban dando pistas falsas. El pie empezó a doler de nuevo. Y fuerte. Tan fuerte que tuve que ir a un consultorio. Me limpiaron la herida, porque estaba infectada, me dieron un par de pastillas y me dijeron que si salía pus debía ir a un hospital para que me pusieran una inyección antitetánica. Ahí me asusté. Les dije que sí, pero nunca fui al hospital. ¿Y qué quieres que haga ahora? Regresé a Iquique, al hostal. Seguía dando vueltas en las mismas cosas: Isla Podestá, el viejo extraño, la gente de la pensión. Así pasé varios días hasta que, una tarde, el recepcionista manco me pasó un papel donde alguien había escrito que viajara hasta un pueblo cercano a Tocopilla. No puedo recordar el nombre del lugar, es por las pastillas, la memoria me falla. Decidí ir, tenía que agotar todas las posibilidades. Lo que no me imaginé es con quién iría. Te había contado que en la pensión pasaba mucha gente, algunos personajes raros, otros sin ni un brillo. Pacos jubilados, borrachos, separados, putas. Entre ellos había un tipo macizo, pelado, no muy alto, con unos bigotes tipo Fu Manchú. Miraba a todos como si sospechara de cada uno. Por la mañana salí de mi habitación con mis

cosas y estaba el pelado bigotón sentado en la entrada de la pensión. Me preguntó para dónde iba tan apurado. Le dije que tenía que viajar. ¿A dónde?, insistió. Expliqué. Te llevo, respondió. En el camino me contó que viajaba a Antofagasta porque trabajaba en una empresa que proveía suministros eléctricos a una minera. El bigotón se llamaba Félix. Partimos un jueves. Gracias, sí, un poquito de agua. Manejaba un Cadillac, no sé el modelo, así que no me preguntes. ¿Un Sedan Fleetwood del 1955 dices? Será. El bigotón tenía puestos unos banderines de Estados Unidos en las esquinas, pintados con frases en inglés. Estuve en la guerra de Vietnam, contó de repente durante el viaje. Así no más. De chico se había ido a Estados Unidos porque su viejo era marino mercante y trasladó a su familia para allá. Sacó la nacionalidad cuando ya estaba más grande y a fines de los '60 lo enrolaron para ir a Vietnam. Tenía veinte años. Tal vez eran puras mentiras, pero yo le creí, me daba muchos detalles y además me mostró el carné y tenía más de setenta, aunque se mantenía bien, como milico. También me mostró el documento donde aparecía la nacionalidad. Si era mentiroso, era mucho. Para qué darse tanto trabajo. Me contó que sirvió en un destacamento con puros latinos y que el trabajo era básicamente servir como carne de cañón en el caso que llegaran los del Viet-Cong, porque después de ellos venía un destacamento de puros hippies y atrás uno de militares-militares, así que todos estos latinos sabían que podían morir en cualquier momento. De hecho, la mitad de su destacamento murió. Era el destacamento "Santana", así le decían: mexicanos, panameños, puertorriqueños. Al viejo le faltaban tres dedos de la mano derecha, que se le habían infectado porque lo picó un bicho en la jungla y se los tuvieron que amputar. También lo balearon, pero salvó de milagro. Lo encontraron

unos del Viet-Cong escondido detrás de un árbol y apenas le iban a disparar una tropa gringa se los echó a todos. Sin embargo, uno de los chinos alcanzó a meterle unas balas en el pecho. Me mostró las cicatrices. Eran como cuatro balazos. De ahí lo llevaron a un hospital, lo dieron la baja y de vuelta a gringolandia. Se casó con una vecina y se acabó la aventura vietnamita. La esposa murió y volvió a Chile a inicios de los '90. En Valparaíso lo acusaron de haber incendiado una disco gay y tal vez por eso se había ido al norte, quién sabe. Ya cerca del pueblo, vimos a un ermitaño rodeado de perros salvajes, y cuando pasamos a su lado el viejo levantó las manos como saludando, mientras los perros nos seguían con una rabia, si es que se puede llamar así, y ladraban y ladraban, todo porque habíamos bajado la velocidad para saludar al viejo. Después de unos metros tuvimos que acelerar porque ya eran insoportables los ladridos y la manera en que se cruzaban frente al auto, pero mientras dejábamos atrás a los perros y al ermitaño, miré por el espejo retrovisor y él seguía con las manos levantadas, despidiéndose o saludando, no sé, pero ahí estaba y los perros seguían ladrando furiosos. Los perros salvajes del desierto son bravos, muy bravos. Se comen las llamas, las alpacas, lo que encuentren. Son nuestros leones. El bigotón me dejó en el pueblo, o cerca de él, nos despedimos y se fue. Yo me quedé ahí parado. Pasó un bus, muy lentamente, y desde una de las ventanas una flaca me miró y me hizo un gesto con su mano como diciendo no lo hagas, no hagas lo que tienes pensado hacer... Para serte franco, no sé si eso lo soñé o pasó, pero la imagen es muy vívida. Caminé hasta el pueblo y busqué un lugar donde alojarme. Había una residencial bien chica en la calle principal. En el pueblo deben haber vivido unas quinientas personas, no más. Arrendé una pieza chica, con

una camita de una plaza, un velador vacío y, frente a la cama, sobre un mueble apolillado, una tele. Una ventanita daba al cerro. Al otro día el pie me dolía más que la cresta. Pregunté dónde había un consultorio y el caballero de la pensión me llevó. Allí me limpiaron y me sacaron mucha materia, y se fue algo de carne también. Me pusieron la bendita inyección antitetánica y me dijeron que reposara. Estuve dos días en la pieza, mirando un canal de la zona. Para qué te cuento lo fome que era. Y soñaba con mi hermana, soñé mucho con ella y con esa extraña posibilidad de que se haya enamorado de un militar asesino. Cuando me sentí mejor salí a caminar por el pueblo y conocí en una fuente de soda a esa pareja de la que te conté. ¿Te acuerdas que una vez te dije que ya no escribía? Mentira. Tengo un cuento sobre esa pareja. Lo hice a partir de todo lo que contaron. ¿Te lo leo? Casi todo es real. Por ahí metí un par de mentirillas. Pásame el notebook. Está... ¿Me puedes dar agua y la pastilla antes? Creo que me quedó bueno el cuento, lo escribí con la mano izquierda. Es un relato basado en algo que me pasó cerca de Tocopilla, o en Tocopilla mismo. A la pareja la conocí en una fuente de soda. Ellos se me acercaron en el local. Tomamos unas cervezas y después fuimos a uno de los cerros a seguir chupando. Ahí me contaron todo. Y les creí. Después me fueron a dejar a la residencial y no volví a verlos. Te leo.

Se conocieron en el peor de los Santiagos, entre recitales de poesía malísimos, vinos más malos aún y cocaína todavía peor. En sitios y con cosas como esas en el cuerpo se fraguó un romance que estuvo destinado al fracaso desde el primer momento. Tuvieron mal sexo en moteles céntricos, bailaron en las peores discoteques del Bellavista y un mal día decidieron ir a vivir juntos.

En el ínfimo departamento que compartían se golpearon, se amaron e hicieron mierda los pocos platos y tazas que habían comprado en una tienda de “Todo a mil”. Es decir, se encargaron de hacer mal todo lo que puede hacer una pareja.

Escenas que se repitieron: él ebrio golpeándola en el estómago y la espalda, ella tomándole las mechas en ciertas noches donde se habían excedido con la cocaína y ambos gritándose las más idiotas groserías. Los espectáculos se volvieron frecuentes en público, en recitales tanto o más malos a los que asistían cuando se conocieron.

De esa forma, fueron marcando una cicatriz en la relación que nunca podrían borrar, ni siquiera con toda la bondad del mundo, que si ellos llegaron a tener jamás se dieron cuenta.

Empezaron a hacerse daño en serio. Ella le era infiel delante de sus narices y él la trataba como la peor mierda frente a todo el que podía. Un día él jugueteó con la idea de matarla de un balazo y para ello fue al persa Biobío a ver si alguien le ofrecía un arma. Muchas veces había visitado ese mercado y nunca le ofrecieron nada, pero justamente cuando fue con la idea de balearla un viejo se acercó y le ofreció una pistola. “Dame cincuenta lucas”, dijo; él no se hizo regodear y la compró inmediatamente. Se preguntó qué mierda estaba haciendo, pero no le dio mayor importancia. “Así la gente termina matando a otra”, le dijo en voz baja a un librero que lo observaba.

Llegó al departamento cuando oscurecía y cuando ella le abrió la puerta, le disparó en el estómago. La sangre empezó a fluir y él se devolvió hacia las escaleras y en segundos estuvo afuera del edificio. En vez de esconder o botar el arma, la guardó en uno de los bolsillos del pantalón y desapareció en una esquina oscura, que pronto dominó la clásica bruma invernal de Santiago. Camanchaca le dicen en el norte.

Estuvo cuatro años preso y ella se salvó porque una vecina la socorrió pocos minutos después del ataque. Y en todo ese tiempo mucha agua se desparramó en la vida de ambos.

Dame agua, por favor. Gracias. Sigo.

Volvieron a verse cuando ella fue a la cárcel con la intención de perdonarlo. Lo perdonó y en ese momento empezó lo peor para ambos. Con él afuera de la cárcel, las cosas se pudrieron definitivamente. Empezaron a vivir como vagabundos, subsistiendo como fuera en casas de amigos, residenciales baratas e incluso en la calle. Diríase que tenían una especial vocación para el callejeo.

Cuando ya no conseguían dinero con conocidos, dejaron el poco pudor que les quedaba y empezaron a robar. Supermercados, centros comerciales, tiendas y farmacias sufrieron los pequeños hurtos que la pareja ejecutaba.

Poco a poco empezó a subir el monto de los robos y no se dieron cuenta cuando ya estaban metiendo en sus ropas artículos de valores nada despreciables. Los atraparon unas cuantas veces y otras tantas lograron escapar, pero ya habían pasado al otro lado y poco de lo que hicieran podía torcer un destino marcado por un desierto y una tragedia.

Con los pocos ahorros de los robos, finalmente recalaron en una población periférica de Santiago, donde arrendaron un sitio pequeño, y allí, inevitablemente, empezaron a ganarse la vida vendiendo pasta base. La "Flaca" y el "Jipi", como les decían, formaron parte de la fauna del sector, de las murallas, de las esquinas, como un ladrillo más.

Tenían una diversión: ver westerns. Una vez concretada la venta de día, y ya que no eran consumidores, veían en un DVD robado películas de vaqueros durante gran parte de la noche, hipnotizados por los desiertos, los caballos, los pueblos

solitarios y los duelos afuera de las cantinas. Repasaban una y otra vez los mismos filmes, deteniéndose en detalles insignificantes, como la cantidad de balazos en un enfrentamiento o las exactas palabras del protagonista antes de matar a su oponente.

Podría decirse que la venta de pasta base les había dado calma, una cierta estabilidad, una tregua para evitar el vagabundeo al que se habían acostumbrado. Cuando decidieron robar aquello planearon todo muy rápido. Dijeron: vamos a trabajar con tal y tal persona, y así fue. Esa noche se dejaron caer por la casa junto a dos acompañantes, que iban armados. Como la propiedad estaba vacía, tal como los habían dateado, perpetraron el robo sin contratiempos. Luego redujeron fácilmente a los dos tipos que los acompañaban y se fueron con el botín.

Cuando tomaban el bus para largarse adonde apenas sabían, el western que les habían dejado puesto a los “colegas” aún mostraba un pueblo desolado, donde ningún alma quedó viva luego de una masacre inesperada.

La máquina hería el aire que pasaba a través de ella y la carga que la pareja llevaba en sus bolsos de manos era como una bomba a punto de explotar. Llegaron a un pueblo. Apenas se apearon del bus, a eso de las tres de la tarde, supieron que el sitio era extraño. Probablemente porque el sol no dejaba de pegar directamente sobre el tierral y las pocas sombras eran intensas y profundas.

Alojaron en el primer hotelucho que vieron, más que nada les interesaba pasar la noche y evitar, o al menos despistar, algún posible seguimiento. El olor a podrido en el hotel era insoportable, sin embargo, allí se quedaron. Pusieron las cosas en orden y se acostaron uno al lado de otro en la estrecha cama. Allí, sin decirse nada, intentaron hacer el amor, pero prefirieron quedarse pensando cada uno en sus cosas, que eran las mismas.

Más tarde, mientras dormían a saltos, les pareció escuchar balazos, gritos, pero la oscuridad les impedía ver cualquier cosa y los ruidos no eran claros.

—¿Crees que nos sigan?

—Quién sabe, flaca.

—A veces pienso que me equivoqué en seguirte en esta tontera.

Bastó eso para que él le pegara una cachetada y ella respondiera, y una improvisada pelea tuviera en lugar en esa pieza de olor apestoso. Ya en calma:

—¿Viste que el dueño del hotel nunca mostró bien la cara?

—A lo mejor anda arrancando, igual que nosotros.

—Era como un fantasma. Un puro poncho, sombrero y nada más.

Durmieron y en la madrugada sintieron los primeros lamentos, cada vez más fuertes. Luego llantos. Se despertaron completamente y él acomodó la oreja en la delgada pared de madera que dividía la pieza de ellos del lugar desde el que suponían venían los ruidos.

Escuchó él y luego ella, y de repente pareció como si todo el pueblo estuviera inmerso un lamento. Salieron de la pieza y pudieron ver la puerta contigua completamente abierta y dentro de la habitación, un grupo de personas, casi sombras, bosquejos, alrededor de un pequeño féretro.

Era el velorio de un niño. Un rostro los miró y los hizo callar porque ya estaban murmurando. Tiritando como estaban, volvieron a la pieza y trataron de dormir. Extrañamente lo lograron.

Temprano en la mañana decidieron irse y preguntaron al sujeto raro de la puerta, quizás el dueño como habían supuesto, qué era lo que habían visto anoche. El tipo les confirmó que era el velorio de un niño indígena que había fallecido aquel mismo día y su familia, que iba de regreso a su tierra, decidió efectuar

la ceremonia en la noche para evitar que los demonios se llevaran al crío. “Pero ustedes interrumpieron la cosa y se fueron. Antes que se levantaran les limpié la puerta, ya que la familia la escupió entera. Les tiraron una maldición”, dijo el tipo sonriendo, aunque nunca le vieron la cara.

Cuando tomaron el bus a Tocopilla, donde él había nacido, les pareció que el pueblo donde habían pernoctado nunca existió y que cada uno de las personas con las que se cruzaron antes de llegar a la quinta de recreo que hacía de terminal los miraba con ojos tristes.

—Esto es un pueblo fantasma, flaco. Mira, no han pasado tres minutos de que el bus partió y el pueblo no se ve.

Él miró y el pueblo ya no se veía. Después trataron de observarse y ninguno pudo recrear en su imaginación el rostro del otro. Durante el viaje miraron el desierto, los dos por la misma ventanilla, y trataban de dibujar en los cerros los recuerdos que les quedaban de cuando aún existía algo parecido al amor entre ellos y no esta suerte de malsana atadura que no podían ignorar.

—Si nos siguen estamos perdidos.

—Córtala. Si nos hubieran querido matar, lo hubieran hecho en el pueblo.

—Ese pueblo no existía, era un pueblo fantasma.

—Como un pueblo fantasma vaquero. Y te digo algo altiro, flaca, los que escapan nunca dejan de hacerlo. Métete eso bien adentro de la cabeza.

Horas.

Llegaron a Tocopilla y él dijo que, antes de hacer cualquier cosa, fueran a la playa.

—Andamos con pocas cosas, así que no hay por qué preocuparse.

—¿Cómo se llama la playa?

—Panteón.

Y en ese momento ella se echó a llorar.

Lo del asalto a una pequeña sucursal bancaria de Tocopilla fue idea de él, por supuesto. A pesar de todos los inconvenientes de un asalto en una ciudad pequeña, asumieron la idea como un desafío.

Arrendaron un sitio en el barrio pobre de la ciudad, dejando a buen resguardo el delicado equipaje que llevaban. Allí pusieron manos a la obra en un plan muy sencillo: entrar, amenazar, robar y sobrevivir.

No necesitaban el dinero, por lo menos no urgentemente, pero fueron llevados por una loca actitud lo decidieron, sabiendo que si los atrapaban caerían sobre ellos las penas del infierno una vez que descubrieran el cargamento que llevaban. Estaban impelidos a la violencia. Lanzados a ella como piedra de honda.

Eligieron la mañana de un viernes para el ataque, dos días después de la llegada. Con las cabezas cubiertas con medias entraron a la pequeña sucursal. Amenazaron a los guardias y a la poca gente que había, mostrando las armas. Luego él se acercó a la caja a pedir el dinero. Le cajera le dio el dinero que la sucursal poseía sin decir palabra y cuando la salida era inminente, un guardia le disparó a ella, mas la bala solo rozó uno de sus brazos. Habían arrendado un vehículo en el único local de su tipo en la ciudad y en él arrancaron a toda velocidad.

El plan, fuera de todo pronóstico, había funcionado, por lo menos en su primera parte.

Sabían que los seguían desde Santiago porque tenían algo que no les pertenecía y sabían que esto los alumbraría ante la policía y sus perseguidores, pero lo habían hecho y ya.

Dejaron escondido el vehículo en un recodo del camino a la salida de Tocopilla, hicieron dedo y los llevaron aún más allá. Luego bajaron, dieron las gracias y con todas sus pertenencias a rastras se internaron en una playa solitaria.

Allí se hicieron un ruco protegido por una cueva, se vistieron de indigentes y se dispusieron a esperar que el tiempo pasara. Lo peor sería ir a una ciudad, arrendar algo, comprar cosas. La policía sigue huellas y caminos preestablecidos. Hace lo que ellos creen que harían los criminales. Esperan que las pistas se vayan repartiendo en restaurantes, moteles, tarjetas de crédito, y siguen eso, que es como los han entrenado. Rastrean en cámaras de seguridad, buscan fotografías en el mall y preguntan a los vecinos si los han visto por el barrio, pero no asumen el descolgamiento como una actitud a seguir por el delincuente. Robar dinero y hacerse indigente no es la conducta tradicional de un asaltante de bancos.

Ya de noche, sintiendo las balizas policiales, la pareja se acomodó en el ruco tratando de dormir. El soñó con westerns. Ella, con su familia.

Por la mañana supieron que lo peor había pasado y ahora faltaba resolver el tema de la comida, pero en vista de las circunstancias era un aspecto menor. El auto lo encontrarían, pero no le iba a decir mucho a la policía. Y el tipo que los llevó, si no había sido detenido durante la noche, difícilmente sería encontrado.

Vivieron como vagabundos en la playa durante meses, hasta que se sintieron libres y seguros para irse. Una tarde detuvieron un auto conducido por un señor de edad, lo robaron y se marcharon. Vivieron solo llevando lo puesto y unos revólveres, porque de aquella carga de muerte robada no les quedó nada. Simplemente desapareció. Pero ya todo les daba lo mismo.

El viaje fue en cámara lenta. Casi un sueño, un delirio (de) afiebrado. Seguían rutas secundarias y se encontraban con los mismos pueblos, los mismos comerciantes, las mismas vendedoras al lado de la carretera.

Un pánico empezó a ocupar el lugar de la adrenalina del escape y cuando creyeron que habían avanzado notaron que daban vuelta al mismo sitio. En una elevación del terreno se detuvieron.

—¿Qué chucha pasa, flaco?

—No sé qué mierda. No salimos nunca de esta zona. ¡Pero si es seguir derecho, al norte!

—Nos hubiéramos quedado en la playa.

—Estamos desnutridos. Estábamos comiendo lo que nos daban esos locos de la playa, que cualquier día nos iban a matar... o cobrar el rescate, porque estoy seguro de que sabían quiénes éramos.

—Como si vieran tele o tuvieran radio... Si ni nosotros sabíamos que nos siguen buscando. Nos buscan ellos y la policía por el robo del banco ese y ahora por este auto, que se va a echar a perder en cualquier rato.

Le voló un par de dientes con el golpe en la cara. Volvieron a subir al vehículo y él decidió ir por la carretera principal, para no seguir siendo engañados por el camino.

—No nos van a pillar, ¿ok?

Enfiló al norte durante la caída de la tarde y no paró hasta la madrugada del día después. Con el dinero que les quedaba llenaron el estanque y continuaron al norte.

Imágenes: la pistola de él en la sien de ella cuando pensó que iba a escapar. Golpiza mutua en una playa. El miedo que los paralizó cuando un carabinero efectuó un control de rutina. Un llanto desconsolado arriba de un cerro. Una radio de provincia estrenando un radioteatro, como en los años '40. Como en los años '40, flaco. Falta que pongan un western. ¿Y si hacemos un duelo como en las de Clint Eastwood? Total, esto ya no da para más. Quién sabe. En el norte veremos más claro todo. Ya estamos en el norte. No creo, flaco. Yo sí. Este viaje ha sido una pesadilla y me estoy imaginando al tipo de

lugar adonde vamos a ir a dar. No cantes victoria, todavía queda mucho viaje.

Ella rió. Como hacía tiempo no lo hacía.

Y siguieron rumbo al norte. Pero ni ellos mismos sabían por qué.

“Ya ni sé por qué empezó todo”, pensaron al mismo tiempo.

Eso es. ¿Te gustó, Condori? Bueno, ahí me das tu opinión experta. Al final, creo, todo ha sido una vuelta muy larga para poder escribir, ¿me entiendes? Claro, como que lo de la isla desencadenó toda una sucesión de hechos que al final no son más que inventar excusas para escribir. ¿No? ¿Muy artificioso? Quizás, pero no me parece tan loco. Finalmente, era mi hermana la única que sabía que escribía, y ahora tú, y buscarla a ella era buscar el origen de todo. Aunque quizás simplemente haya sido una tremenda treta para buscar aventuras.

¿No es eso lo que todos queremos? Vivir aventuras, tener historias como las de los viejos piratas, como las de los aventureros que iban al África o como las de los detectives privados en las novelas negras. ¿Estoy loco? Quizás sí.